

EVANGELIO, ETICA Y POLITICA: ALGUNAS IMPLICANCIAS FILOSOFICAS Y TEOLOGICAS

ARTURO GAETE S. J.

No voy a comentar directamente la Pastoral pero múltiples son las cuestiones filosóficas y teológicas implicadas en el documento de los Obispos "Evangelio, ética y política". Yo voy a seleccionar *algunas* que me parecen particularmente pertinentes para reflexionar sobre la situación política que ha dado pie a esta Pastoral.

Este artículo consta de una introducción y dos partes. En la Introducción explicará qué se entiende por un "documento de trabajo" pues a este género pertenece el que vamos a comentar.

Y en las dos partes presentaré dos modelos de acuerdo a los cuales ha sido históricamente pensada la acción política. Y luego haré una breve reflexión final.

El primero privilegia la causa final y tiene como sus más altos exponentes a Aristóteles y Santo Tomás. El segundo se centra exclusivamente en la consideración de la causa eficiente. Son buenos representantes de este modo de pensar, Maquiavelo y Hobbes, que son los fundadores de la ciencia política. Lo que aquí me interesa no es hacer historia del pensamiento político, sino pensamiento especulativo. Por eso me limitaré a presentar los modelos y luego reflexionar sobre ambos, tomados simultáneamente. Siendo ésta la finalidad de este trabajo, no hace falta dar las referencias bibliográficas de los autores.

Introducción: qué es un documento de trabajo

En la portada del documento leemos su autor (Conferencia Episcopal de Chile), y su título "Evangelio, ética y política" (EEP). Y luego debajo "Documento de Trabajo". Para algunos esta expresión es nueva. Hasta donde yo sé, la primera vez que ella ocurrió en un texto de los Obispos de Chile fue en el documento "Evangelio, política y socialismos" (1971) (EPS). Ahí se presenta el "documento de trabajo" como "una orientación doctrinal destinada a iluminar y estimular las reflexiones y el compromiso personal y de grupos de los cristianos (p. 25). El presente documento va un poco más allá y dice que 'trabaja' este documento implica leerlo y estudiarlo, para tratar de asumir vitalmente sus

P. ARTURO GAETE S.J. es Doctor en Filosofía y profesor del Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

orientaciones. Eso no excluye, por cierto, la crítica ni la discusión" (p. 14).

Cuando yo era niño y adolescente, circulaba una expresión acerca del Magisterio: "Roma locuta, causa finita" (Una vez que Roma ha hablado, la causa está cerrada). Es decir, que Roma abría su boca cuando tenía *todos* los antecedentes sobre un problema. Y eso tardaba largo tiempo. A partir del Concilio, se ha ido desarrollando en la Iglesia una práctica de documentos más modestos que, en lugar de cerrar una cuestión, la abren. Es decir, la Iglesia quiere acompañar a los cristianos en búsquedas que ellos mismos tienen que llevar a cabo. Para eso les ofrece, como dijimos más arriba, "una orientación doctrinal destinada a iluminar y estimular" (EPS, p. 5).

Los "documentos de trabajo" tienen una corta historia, un poco más de una década. Hay uno sobre el cual vale la pena decir algunas palabras porque puede llegar a convertirse en un documento de valor paradigmático. En 1981 los Obispos norteamericanos se pusieron a trabajar una pastoral sobre la cuestión nuclear y se dieron dos años para producir el documento. Al cabo de algunos meses tenían a punto un primer texto que entregaron al público —católico y no católico— para que fuera ampliamente debatido. Conociendo la tradición de debates tan típica de los EE. UU., no hay que extrañarse que el documento fuera debatido de costa a costa ante millones de televidentes. Todo el material que se produjo en el debate fue puesto en varios centenares de páginas y así comenzó la preparación de la segunda redacción. En un cierto momento de la elaboración del documento, los redactores fueron invitados a una reunión de la Congregación de la Doctrina. A la misma asistieron unos 25 obispos europeos que querían estar mejor informados y además hacer valer algunos de sus puntos de vista. El que presidía la reunión dejó en claro que se trataba de intercambio de información y evaluación, pero de nada más. Cada uno en su país asumiría sus propias responsabilidades. Una última cosa que vale la pena relatar. En muchas partes el documento apela a la conciencia de los creyentes o de los hombres y los invita a ser honestos consigo mismos. Pocos días después de que fuera entregada a la publicidad la versión definitiva, un grupo de 60 católicos físicos nucleares e ingenieros nucleares se reunieron en una empresa de Connecticut donde trabajan para llevar a cabo este examen de conciencia abordado con la actitud de espíritu desarrollado en la Pastoral.

Y unas palabras más para terminar esta introducción. Después de haber caracterizado el documento de trabajo, tiene un párrafo sobre la actitud adecuada para poder usar *evangélicamente* la Pastoral.

La lectura debe ser *objetiva*, libre de todo prejuicio. Debe hacerse en espíritu de fe, con una fe que supere las opciones políticas ya tomadas, las ideologías y las pasiones. Debe hacerse reconociendo la *autoridad* y la *experiencia* de la Iglesia para referirse a estos temas (p. 14).

Este párrafo es *engañoso*, porque está escrito en un lenguaje *relativamente aséptico*. Por lo menos el que quiere no darse por aludido puede lograrlo sin grave tormento interior. El lenguaje de la Sagrada Escritura, en cambio, suele ser más directo. En la Epístola a los Hebreos XI, 9, leemos: "Por la fe Abraham obedeció el llamado de partir hacia un país que habría de recibir en herencia, y partió sin saber adónde iba". Este es uno de los lugares de la Escritura que más me impresiona. Abraham tenía 75 años, o sea un caballero que tenía todo derecho a estar anclado en un género de vida. Y la invitación de Yahvé es sumamente vaga: "Abandona tu país, tu parentela y la casa de tu padre *para el país que yo te indicaré*" (Gn. XII, 1). Hay un momento en la vida en que uno tiene lista la maleta para partir... a París, o a New York, poco importa. Pero ese momento no coincide con los 75 años. La invitación que Yahvé le hace a Abraham es al despojo más radical que aparece en el Antiguo Testamento. La historia de Abraham vale la pena meditarla: ¿qué me podría a mí pedir Dios que yo no abandonara? No tanto las cosas, cuanto convicciones profundas, tan básicas que difícilmente puede separar de lo que yo soy.

I.— *El modelo de la finalidad*

Antes de presentar el modelo de la finalidad, voy a abordar una cuestión que tiene vigencia en círculos católicos de derecha.

Frente a los pronunciamientos de los Obispos y del Papa, hay católicos que se sienten incómodos por lo que consideran que es una extralimitación del Papa y de las Jerarquías de los más variados lugares de la Tierra. Desearían que el Magisterio de la Iglesia se atuviera a lo que se considera que es propio de él —el anuncio del mensaje del *Evangelio* y la transmisión de los *principios* concernientes a temas de religión y de moral. Todo lo demás —que se designa con el nombre de "contingente"— pertenece a los laicos.

Nunca re logrado entender lo que se quiere decir con la denominación de lo "contingente". Frente al *Ser Necesario* en sentido absoluto —Dios— el ser creado es *contingente*, es decir, puede ser o no ser. Y dentro del mundo creado se habla de "*necesario*" cuando un efecto está determinado en la causa, cuando no puede ser de otra manera, v.gr. la caída de los cuerpos; y se habla de ser "*contingente*" cuando la causa —un agente libre en este caso— puede querer o no querer causar un determinado efecto.

En el modo de pensar que estoy tratando de caracterizar, la realidad está constituida por *territorios*: unos son *propios del Magisterio de la Iglesia*, otros son *impropios*. Es propio del Magisterio el ámbito religioso, y el ámbito de la moral, entendido especialmente en el sentido de la moral individual y no social. Es *propio de los laicos* todo lo demás: política, vida social vida económica, cultural, etc. Esta no es una división caprichosa. A ella se llegó como resultado de una larga histo-

ria. Y muchos de los católicos que piensan de esta manera pueden honradamente decir a los obispos y sacerdotes: "esto es lo que ustedes me enseñaron; sé que ha habido un Concilio en el cual se han pensado las cosas de la fe de otra manera. Yo soy fiel a la Iglesia y no creo que 2.200 obispos van a cambiar lo sustancial de la fe. Pero estoy un poco sentido porque no se han tomado la molestia de darme a mí y a los muchos que piensan como yo, las explicaciones necesarias. Es lo que ocurre en toda buena familia cuando algo muy importante tiene lugar".

Yo quiero presentar aquí otra manera de pensar el Magisterio de la Iglesia que da mejor cuenta de lo que la Escritura y la Iglesia misma han dicho sobre el tema. En lugar de hablar de *campos* donde puede o no puede ejercerse, hay que hablar de *funciones* del Magisterio: cuáles le son propias y cuáles no. ¿Cuál es la *función principal*, originante del Magisterio, de la cual todo lo demás deriva? La función principal de la autoridad es hacer crecer en los hechos. La palabra "autoridad" viene del verbo latino "augeo", cuyo supino es "auctum": lo que he crecido. Así, la función central de la autoridad y del magisterio es hacer crecer. De aquí se sigue en lo que puede ser una expresión paradójica que el fin del magisterio y de su autoridad es su desaparición. ¿Cuándo una paternidad se ha realizado en plenitud? Cuando el hijo, gracias al padre, ha alcanzado su plena madurez y ya no necesita de la solicitud paternal. No es que no lo necesite del todo, sino que no necesita aquella forma de relación. En el caso del Pueblo de Dios y de su relación a la Jerarquía, la cosa es un poco distinta. Pero es lo mismo en lo esencial. En el Concilio Vaticano II se aprobó una Constitución llamada *Lumen gentium*. En su capítulo VII, n. 48 leemos:

La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios, no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restitución de todas las cosas (Ac. III, 21), y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será plenamente renovada en Cristo (cf. Ef. I, 10; Col. I, 20; 2 Pedro III, 10-13).

El título de este capítulo es "Indole escatológica de la Iglesia Peregrinante y su unión con la Iglesia Celestial". Esta realidad podemos designarla de otro modo y hablar de "Iglesia Inmadura".¹ Esto implica que la inmadurez afecta a la Jerarquía y al Pueblo de Dios. Pero no a ambos de la misma manera. Los Obispos están asistidos de una *manera*

¹ ...De igual manera comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo. Dirigida por el Espíritu Santo, la Iglesia, como madre no cesa de "exhortar a sus hijos a la purificación y a la renovación para que brille con mayor claridad la señal de Cristo en el rostro de la Iglesia" (*Lumen Gentium*, n. 15).

especial para guiar a los fieles. Ellos también pueden errar en algunas cosas, sobre todo si se toma una perspectiva secular. Esto, lo dice claramente el documento en el n. 48.² Pero lo habitual será que en el cuerpo episcopal, como tal, se encuentre un testimonio más seguro de la fe cristiana.

Habiendo hecho un alcance sobre los campos y la función del Magisterio de la Iglesia, podemos abocarnos ahora al tema central: *el modelo de la finalidad*. Lo que voy a desarrollar aquí se inspira libremente en Santo Tomás. Pero es un Santo Tomás releído desde una perspectiva contemporánea y referido a la acción específicamente política. La reflexión suya es más general y versa sobre la acción ética como tal. En el modelo finalista voy a distinguir 5 niveles ordenados por grados crecientes de concreción: ley ética fundante, normas universales, prudencia o sentido de la acción concreta, conciencia y discernimiento de la acción.

1. *La ley ética fundante*.— Se puede expresar de diferentes maneras: “hay que hacer el bien y evitar el mal” (I-II, q. N° 94, A. 2 c), hay que obrar según la razón, “obra de tal manera que puedas querer que la máxima de tu acción valga como ley universal (*Crítica de la Razón Práctica*, pág. 36, Lozada, Buenos Aires). La formulación que a mí más me gusta porque integra elementos de la toma de conciencia contemporánea es: “la ley humana fundante es la persona-en-sociedad-historia”.

Si dejamos de lado esta última formulación, podría parecer que sobre una cosa tan básica como el bien no hace falta que la Jerarquía hable, porque es algo obvio para el creyente. Pero si en lugar de hablar de “bien”, hablamos de “valor”, la cosa deja de ser obvia. ¿Qué debe pensar un católico delante de esta proposición: “en la economía no tienen lugar los juicios de valor”? Muchos dirían que el tema no es claro y sobre todo que no le corresponde a la Jerarquía aportar sus luces en un terreno que le es ajeno. Detrás de la afirmación de muchos economistas del mundo anglosajón o formados en él, está Hume. Para él, la razón es la facultad que establece relaciones necesarias (deductivas e inductivas) y cuestiones de hecho (*matters of fact*). Nada más. Entonces, por descarte, relega la moral al mundo del sentimiento (*feeling*). Sobre esto uno puede concebir situaciones en las cuales es relevante que la Jerarquía hable y otras en que no. En la visita que Juan Pablo II hizo a la Universidad Gregoriana no habló de esto. En realidad no había una polémica sobre la materia y a la cual fuera provechoso apor-

² Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. 2 Pedro III, 13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (Romanos VIII, 19-22).

tar luces. En cambio, si al Papa lo invitaran a Nueva York o a Chicago, no es inverosímil que abordara el tema.

Otro ejemplo: en Polonia podría verse obligada la Jerarquía a pronunciarse sobre las relaciones entre ética y política, si el Estado reclamara para sí el monopolio de la competencia en materias de moral o algo semejante. No me consta que los obispos hayan hecho tal pronunciamiento; pero podrían bien hacerlo si las circunstancias concretas de su pueblo así lo requirieran.

Así pues, el criterio para decidir si no es se trata de un asunto más universal o más particular. La pregunta que el cristiano debe hacerse es más bien ésta: en determinadas circunstancias concretas ¿hace falta o no que la Jerarquía clarifique algún punto y ayude a la fe a crecer? Si la respuesta es afirmativa, da lo mismo que lo que se clarifique sea del más alto nivel de abstracción (el bien, el valor o como pueda llamarse en otras circunstancias históricas). Si la concepción que Nietzsche se hace de la moral llegara a tener un día amplia divulgación entre nosotros, no sería inverosímil que el Magisterio de la Iglesia abordara la tarea de un discernimiento en la materia, a consecuencia del cual se pronunciara sobre lo que es válido y humano en la concepción de Nietzsche y sobre lo que es inhumano.

2. *Normas universales.*— En todas las sociedades existen códigos de conducta que contienen las normas universales de lo que se puede hacer, de lo que hay que hacer y de lo que hay que evitar. Son normalmente el resultado de una sabiduría decantada a lo largo de milenios. En el Pueblo de Israel y en la Iglesia tienen el valor excepcional de ser la manifestación de una voluntad de Dios.

El Decálogo en sí considerado no suele necesitar esclarecimientos, v. gr. no matar. Se subentienden limitaciones obvias: si otro me quiere matar yo tengo derecho a defenderme, lo cual puede tener como consecuencia la muerte del otro.

Este es el caso obvio. Pero hay otros que no lo son tanto. Cuando yo era alumno de colegio, era enseñanza común de los moralistas que no era lícito extraer un feto ectópico. Y como resultado de esto morían la madre y el hijo. Los avances de la medicina permitieron comprender que la muerte del feto no era un medio necesario para salvar a la madre. De hecho, si existiera la incubadora adecuada, sobreviviría el niño y también la madre. Cuando esto se hizo claro, el Papa habló.

Finalmente, no es el mismo rol del Magisterio en todas las situaciones históricas: en los primeros 5 siglos hay muchos concilios, porque había que verter el Cristianismo en odres griegos y romanos, después de Trento ha habido sólo dos concilios ecuménicos. Hoy vivimos en una sociedad de notable cambio tecnológico, cultural, social y político. Es posible que la Iglesia tenga que hacer más y menos en esta situación: más porque hace falta que acompañe más de cerca a los hombres en sus búsquedas y menos porque, en el género de los "documentos de trabajo" diga menos palabras finales.

3. *El sentido de la acción concreta o la prudencia.*— Es la capacidad del hombre que permite juzgar lo que es moralmente bueno o malo *aquí y ahora*. Hay gente que tiene muy buena formación teórica acerca de la acción, pero que en la acción misma queda paralizado. Hubo un profesor de teología moral a comienzos de siglo Lehmkuhl, que estaba plenamente al día en la literatura de su disciplina, pero que era incapaz de juicio concreto. El resultado fue que él formó generaciones de buenos confesores, pero él no pudo confesar nunca.

En Aristóteles la “*phrónesis*” es primariamente la virtud del hombre que sabe decidir en la vida pública. Estamos en una sociedad en que la subjetividad no ha despertado todavía. Por eso no es de extrañar que “*phrónimos*” son por excelencia Pericles, Temístocles, Solón, etc. En Santo Tomás la situación se ha invertido: la “*prudencia*” es sobre todo la virtud del hombre en su vida personal; pero él también considera la prudencia política (II-II, q. , a.), la prudencia económica (a) y la prudencia militar. (a.) La prudencia ocupa un lugar clave en la acción, en toda acción. Al médico en el quirófano no le bastan un saber médico al día y los diagnósticos previos: él y sólo él tiene que decidir si extirpa el tumor o si es más prudente dejarlo. Y lo mismo vale para el filósofo que prepara una tesis de doctorado; además del conocimiento de los autores, necesita un saber prudencial: ¿qué tema puedo abarcar teniendo en cuenta mi conocimiento de un autor, el nivel de exigencia del profesor patrocinante y el tiempo de que dispongo.

En la vida contemporánea, la prudencia es la virtud tanto de la decisión personal como histórica. Vamos a ilustrar esto con un ejemplo.

En 1962 Kennedy se encontró con que Krutshchef había colocado unos misiles en Cuba. ¿Qué hacer? ¿Qué requería la decisión prudente? Por de pronto un óptimo juicio técnico de realidad. Kennedy hizo funcionar separadamente dos equipos técnicos militares, él asistía a las reuniones de ambos equipos, pero ellos ignoraban la existencia del otro. Ya tenemos un primer requisito del juicio prudencial: tener el adecuado juicio de realidad. Para complicar más las cosas Kennedy recibió dos cartas de Krutshchef en respuesta a su emplazamiento. En la primera decía que no retiraba los misiles, en la segunda que sí los retiraba. ¿A cuál de las dos creerle? Kennedy pensó que la primera, corta y terca era la que le había dictado el Buró Político, y que la segunda, de once páginas, llena de redundancias y ciertas incoherencia era la que Krutshchef le había escrito después de tomarse una botella de vodka. Decidió contestar esta última. . .

La decisión no es puramente puntual. Solamente decide bien el que ha hecho un largo camino en la vida: —de conocimiento de las cosas y de los hombres—; de personalidad, lo cual involucra carácter, don de mando, audacia y serenidad en el peligro; calidad moral, etc. A menudo la atención de la gente se centra en la esfera de los principios morales. En cierto sentido esto es correcto —se trata de las normas básicas— y en cierto sentido no lo es. El que sólo considera las normas

universales no se sitúa en el terreno moral, que es el de la acción concreta. La actitud más adecuada es mantenerse siempre cerca de la acción, pero iluminada con las normas universales pertinentes. Siendo Kennedy católico, no me extrañaría que hubiera pedido consejo, a algunas de las personalidades que él conocía e incluso al Papa Paulo VI. El gobernante puede encontrarse en una situación como ésta, en la cual la Jerarquía no le señala positivamente ningún curso de acción. Pero puede encontrarse también abocado a un problema en el cual el Papa o los Obispos emiten un pronunciamiento, v. gr. frente al divorcio, aborto, etc. El mínimo que se le pide al gobernante católico es que no decida sin sopesar seriamente lo que el Magisterio le señala, y que si es necesario y factible entre en un diálogo creador con sus Obispos.

4. *Conciencia.*— Es el santuario de la verdad y de la bondad. Es aquel recinto de mí mismo del cual sólo uno tiene la llave: ahí entra lo que yo dejo entrar y no entra lo que yo dejo a la puerta. Maravilloso y tremendo poder que impide ver la viga e nel ojo propio. Los hombres pueden llegar a creer cualquier cosa... con tal de que quieran y se les dé tiempo para fabricarse pretextos buenos.

En la conciencia juzgamos de lo que nos parece verdadero y falso. Pero la conciencia que hay que seguir es la conciencia honesta, la que no se hace trampas y se deja cuestionar por los demás. Esto es bastante más difícil de lo que parece, el hombre tiene espléndidos mecanismos de autodefensa.

5. *Discernimiento.*— Tiene mucho en común con la prudencia y con la conciencia. La palabra "prudencia" viene de la raíz indoeuropea WEID que implica la idea de ver "prudens", en latín es lo mismo que "pro-videns", el que ve antes. Prudente es el hombre capaz de ver lejos, pesar las consecuencias y ver lo que es sensato hacer aquí y ahora. "Discernimiento" viene de la raíz KER, que significa separar. El "discernimiento" consiste en separar lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, que normalmente se encuentran mezclados. La acción real es a menudo confusa. Se impone, pues, un trabajo de separación, de "discernimiento". La idea de "discernimiento" no incluye la idea de providencia, de ver antes, pero apunta en otra dirección: para separar lo verdadero de lo falso hace falta tiempo, a veces un tiempo histórico. El Concilio Vaticano II fue una vasta operación que llevaron a cabo durante cuatro años los obispos del mundo entero, con sus respectivas iglesias.

El discernimiento no es exclusivamente una operación intelectual. A lo largo de la tradición, los hombres de Iglesia han discernido no sólo las razones, sino también las emociones y los símbolos. Todo puede ser objeto de discernimiento, porque Dios habla al hombre a través de los múltiples lenguajes de que éste dispone. Pero además, tarde o temprano, interviene la Iglesia en el proceso de discernimiento: es la participación de la autoridad eclesial que confirma lo que Dios ha obrado a través de los múltiples lenguajes. Esto es muy claro en los Concilios,

que requieren que el Papa los promulgue. Pero vale también de numerosos otros discernimientos. No valen sólo como ejemplos Medellín y Puebla, sino los Sínodos Mundiales de obispos y muchas otras reuniones de Iglesia.

II.— *El modelo de la eficiencia*

Obras clásicas de este segundo modelo son *El Príncipe* de Maquiavelo y el *Leviatán* de Hobbes. Maquiavelo le explica al príncipe lo que tiene que hacer para conservar los principados que ha recibido en herencia (c. II) y para adquirir otros nuevos (cc. III y ss.).

Quando se desea conservar aquellos Estados acostumbrados a vivir con sus leyes y en libertad, es preciso abrazar una de estas tres resoluciones: primero arruinarlos, segundo ir a vivir en ellos, y finalmente, dejar a sus leyes a estos pueblos, obligándolos a pagarte una contribución anual, y creando en su país un tribunal de un corto número que cuide de conservártelos fieles. . . . Los espartanos, que habían conservado Atenas y Tebas por medio de un Consejo de un corto número de ciudadanos, acabaron perdiéndolas; y los romanos que, para poseer Capua, Cartago y Numancia, las habían desorganizado, no la perdieron. . . . Hablando en verdad, no hay medio ninguno más seguro para conservar semejantes Estados que el de arruinarlos (c. V).

En *El Príncipe* la única pregunta que cruza toda la obra es ésta: ¿qué hay que hacer para conservar Estados?, ¿qué hay que hacer para arrebatarse Estados? Lo que sorprende a una persona formada en la otra tradición es que en ningún momento asome un barrunto de duda: ¿será en algún modo conducente a un mayor desarrollo humano apoderarse de una ciudad y arruinarla? Y no se trata de prepotencia o de cinismo, sino simplemente de daltonismo de valores: no se registra nada.

Pero Maquiavelo no es un caso único, por el contrario, ha tenido muchos seguidores, tanto en la práctica como en la teoría. En este plano quiero destacar a Hobbes. El no es el único teorizador de este modelo político. Su interés radica en que dice con transparencia de niño lo que otros pensadores entregan envuelto en terciopelo y gamuza.

En la Primera Parte del *Leviatán* Hobbes analiza lo que los hombres como personas y como miembros de una sociedad en un razonamiento en tres tiempos: primero reflexiona sobre lo que los hombres *de hecho* son; en seguida conjetura lo que los hombres serían si no constituyeran sociedad y por último reinterpreta lo que los hombres *de hecho* son, a la luz de la eliminación del "estado de naturaleza". Hobbes admiraba el método analítico sintético de Galileo y quiere hacer con el movimiento social el equivalente de lo que éste hacía con el movimiento de los cuerpos. Para esto descompone la sociedad inglesa de su tiempo en sus elementos más simples y luego recompone en un

todo coherente los mismos elementos. El trayecto analítico lo encontramos en el *De Cive* y el sintético en el *Leviathan* y en *The Elements of Natural Law and Politics*.

En la Introducción al *Leviatán* Hobbes compara al hombre a los autómatas que deleitaban las cortes y los salones de la época, v. gr. un león artificial que hacía reverencias al monarca, etc. Y extendía la comparación al Estado. En efecto, ¿qué es éste sino un hombre artificial, en el cual la soberanía es un alma artificial, los magistrados las articulaciones, el premio y el castigo, los nervios, etc? Alguien dirá que no vale la pena hacer caudal de un ejemplo pintoresco. Pero sucede que el ejemplo dice más de lo que a primera vista parece. Dice la voluntad de pensar lo político únicamente en términos de funcionamiento: ¿qué causa produce, qué efecto y cómo funciona el conjunto? Aquí, como en *El Príncipe*, queda soslayada la cuestión de la finalidad, del crecimiento como de los hombres como personas y como grupos a lo cual el Estado debe tender. Y esto se confirma si uno considera la tradición anglo-sajona de pensamiento acción político. Así, por ejemplo, si uno quiere hacerse elegir candidato a la Presidencia de los Estados Unidos tiene que controlar las máquinas políticas decisivas. Así se habla con la mayor naturalidad de la "machine" de Kennedy, de Johnson, de Nixon, etc.

III.— Reflexiones Finales

Ninguno de los dos modelos implica en su concepto la negación del otro; pero cada uno conlleva sus propensiones: en el modelo de la finalidad es fácil que se ignoren las condiciones de realización, en el de la eficiencia hay una fuerte inclinación a ignorar la finalidad, el bien, lo que da sentido a la vida pública. Cuando el político pragmático hace teoría de su acción, éstas son las expresiones que con más frecuencia veremos en su boca: "hay que medir las propias fuerzas y las del adversario y ver cómo anda la correlación de fuerzas", "hay que pagar un precio en toda negociación", "tengo que saber cómo me percibe mi adversario, cómo calcula mi fuerza", "tengo que evaluar la credibilidad del adversario", etc.

El modelo de la finalidad no excluye la dimensión de efectividad; más bien la incluye expresamente al nivel de la prudencia y del discernimiento. En ambos casos, un factor clave para decidir es saber qué es factible aquí y ahora.

Pero así como ver sólo la fuerza es la tentación a la cual está expuesto el hombre de acción, así atender sólo al fin, al modelo de sociedad, es la tentación propia del hombre del ideal. Entre los cristianos de derecha es más fácil encontrar hombres propensos a las deformaciones de la eficacia; entre los cristianos de izquierda es más frecuente encontrarse con hombres sensibles sólo al ideal. Unos y otros encontrarán en la Pastoral valiosos elementos que les permitan ensanchar su horizonte y llegar a concertaciones realistas en la vida nacional.